

# AGUSTÍN Y EL MUNDO TRAS UNA PUERTA

Jennifer Lihim



# Capítulo 1

## AQUEL VIEJO CUADRO

Apenas si estaba oscureciendo y aún hacía mucho calor. Intentaba hacer las tareas de la escuela como todos los días. Tenía que escribir algunas oraciones con la palabra *noche*. Vamos a ver que se me ocurre...

*La luna y las estrellas salen de noche. / Mi papá llega a casa en la noche. / Todas las personas duermen de noche.*

Tan sólo hay tres. ¿Para qué hacer oraciones sobre la noche? *La noche es fría y oscura.*

Cuatro. Esto es tan aburrido. *Hay silencio durante la noche.*

Cinco. Ya no se me ocurre alguna más. Miro alrededor de mi cuarto y no se me ocurre nada. Creo que me asomaré a la ventana, debe haber algo que me pueda ayudar. Casas, muy pocas personas, muy pocos carros, un perro que ladra a cada uno de los pocos carros que pasan, una tienda, un árbol, más casas, un edificio, carros estacionados, luces, muy poco ruido y una caja de madera. Era casi todo lo que alcanzaba a ver. Y aun seguía sin poder hacer otra oración. Lo intentaré una vez más: casas, el cielo está sin estrellas, el árbol tiene muy pocas hojas, el perro dejó de ladrar, un edificio, gente en la tienda y la caja de madera mal hecha. En realidad era más que una simple caja mal hecha, llevaba un par de pequeñas ruedas en la parte de abajo y una especie de manija en uno de los lados. En su interior habían algunos objetos: una plancha vieja, una cadena oxidada, un espejo roto, una muñeca rota, unas cuantas botellas, un cuadro antiguo, entre otras cosas. Pero ¿a quién pertenecían todas estas cosas? Unos cuántos pasos más allá un anciano buscaba en el bote de la basura. Pero ¿qué podría buscar en la basura?, si era sólo eso: basura. Al final de su búsqueda logró sacar una botella y acercándose a aquella caja rodante, la colocó en su interior. Con un gesto que indicaba bastante cansancio, sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo pasó por el rostro. Tenía un rostro muy peculiar, lleno de arrugas que expresaban muchas emociones a la vez, y el cabello con distintas tonalidades de gris. De estatura corta y de contextura un poco gruesa, era un ancianito agradable. La verdad es que evocó en mí recuerdos de mi abuelo, recuerdos muy difusos, pero buenos recuerdos. Guardó su pañuelo nuevamente, cogió esa manija que lo ayudaba a jalar su caja de madera; y emprendió la marcha a paso lento y callado.

Y así lo vi pasar por el frente de mi casa, paso tras paso y jalando su caja de madera con todos esos objetos que recolectó en el camino y con ese

chillido que emitían las llantas oxidadas al andar. Ya casi doblando la esquina y sin poder esquivar el mal estado del camino, uno de sus objetos cayó al suelo.

¡Señor!!! ¡Señor espere, se le cayó algo!!!! – grité.

Tenía que alcanzarlo. Él había continuado su camino sin darse cuenta que uno de sus objetos se había caído. Salí rápido de mi cuarto, corrí por el pasillo y en la sala estaba mamá.

¿A dónde vas con tanta prisa? – preguntó.

Debo alcanzarle un objeto que se le cayó a un anciano – dije un tanto exaltado.

¿Y piensas salir descalzo? – volvió a preguntar.

¡Oh no! Era cierto, no llevaba zapatos. Corrí rápidamente a mi habitación, me asomé a la ventana, aún podía escuchar aquel chillido de las ruedas; es más, él caminaba demasiado lento como para llegar muy lejos. Me puse los zapatos y corrí nuevamente por el pasillo, la sala y escaleras abajo, en dirección a la calle. Mamá murmuró algo que no llegué a oír porque tenía mucha prisa. Llegué al lugar donde yacía el objeto éste. Me detuve y observé detenidamente a mi alrededor, esta vez ya no alcanzaba a oír ningún chillido. Se había ido. Lo había perdido. Bajé la mirada y el objeto todavía permanecía en el suelo. Me agaché para recogerlo. Era el cuadro antiguo. Lo tomé y me detuve a mirarlo por unos segundos. Es un cuadro de tela, muy liviano, un poco sucio y algo maltratado. Sólo tiene dibujada una puerta, de aspecto muy sencillo y de color marrón oscuro; y eso es todo. ¿Quién pintaría algo tan simple?

¡Agustín!!!! Entra ya a la casa – escuché a lo lejos.

Di la vuelta y noté que era mamá, me hacía señas como para que regresara. Creo que conservaré el cuadro. Si el anciano se da cuenta que lo perdió es probable que regrese o que vuelva a pasar por aquí. Regresé a casa con el cuadro.

Agustín, ¿qué llevas ahí? – preguntó mamá mirando fijamente al objeto que llevaba en una de mis manos.

No es nada. Bueno, es un cuadro – dije en voz baja para calmar alguna mala reacción que pudiera ocasionar.

Y ¿de dónde lo sacaste? – esta vez mi mamá me miró directamente a los ojos.

Un señor que pasaba por la calle de enfrente lo dejó caer y no se dio cuenta. Traté de alcanzarlo para dárselo pero cuando salí ya no lo encontré. Pensé en quedármelo y guardarlo hasta que vuelva a pasar. ¿Puedo conservarlo por mientras no? – pregunté con un tono bajo de voz tratando de ser convincente.

Está bien. Nada más que si aquel señor no pasara en los próximos dos días, tendremos que deshacernos de él – ahora usó un tono de voz que significaba que no tenía más opción que obedecer.

Volví a mi cuarto con ninguna sensación de victoria, ya que ni pude alcanzar a aquel anciano ni podría conservarlo pasados los dos días. Pero bueno, era sólo un cuadro, igual no me serviría de nada. Trepé una silla y lo apoyé en la parte más alta de mi escritorio. Era un lugar que no interrumpiría a nadie y no causaría problema alguno. Ciertamente, dejé algo pendiente antes de salir a la calle. Tenía varias oraciones por hacer. ¡Muchas! Más vale que me apure sino no acabaré para mañana. Veamos qué se me ocurre: *Los perros ladran durante la noche.*

Miro hacia arriba, miro hacia un lado, me paro, me siento, me vuelvo a parar, doy unos cuantos pasos, me siento. *La noche tiene...*

¡Qué fue eso! Miré rápidamente alrededor mío. Un sonido muy fuerte atrapó toda mi atención en ese instante. Era como si algo pesado hubiese caído, continué mi búsqueda con la mirada. Ese cuadro estaba en el piso pero...no era lo suficientemente pesado como para hacer semejante ruido; es más, no era para nada pesado, lo podía levantar con una sola mano pero ¿qué fue lo que oí entonces? Me acerqué y lo levanté. Trepé nuevamente la silla y alcé mi brazo para colocarlo sobre el escritorio pero... ¡esperen! Puedo oír algo, hay extraños sonidos que vienen de algún lado, ¡no!, son voces, son como murmullos pero...aquí no hay nadie. Mi mirada permaneció por unos segundos fija hacia lo que tenía en manos. Era imposible, pero era lo único que tenía cerca. Sentí un poco de temor y lo fui acercando lentamente hacia mí y en eso...

¡Agustín!!! La cena está servida – mamá me estaba llamando.

Terminé de dejarlo donde estuvo al principio y bajé de la silla. Tomé mis libros y salí de mi cuarto. En poco tiempo terminé de cenar junto con mamá.

¿Qué fue eso? – esta vez la pregunta la hizo ella, porque esta vez también lo escuchó ella – Vino de tu cuarto – dijo.

Se paró en dirección al lugar y no tuve otra opción que seguirla. Abrió la puerta y observó de un lado a otro.

Parece que no fue aquí – dijo girando su rostro hacia el mío.

Un momento. Era el cuadro de nuevo. Nuevamente estaba en el piso.

¡Fue el cuadro! – exclamé y miré a mamá; todavía un poco inseguro.

No cariño. Es imposible – se acercó al cuadro y lo levantó; y con él en la mano me dijo – No es más que un simple y liviano cuadro de tela. Esto no pudo haber ocasionado aquel ruido. Lo más probable es que haya venido de la calle. ¿Ves? Tienes la ventana abierta. Aquel ruido vino de ahí.

Miró nuevamente a su alrededor como buscando un sitio para colocarlo.

¡Escucha! – le dije haciendo una seña para que haga silencio.

Era ese sonido otra vez, esas voces o lo que haya sido; y lo estaba volviendo a escuchar.

¿Escuchar qué? No escucho nada. Vamos Agustín, aún falta un poco por hacer. Terminemos de una vez con las tareas – y dejando el cuadro en una esquina de mi habitación, me tomó de la mano y salimos de ahí.

Permanecí con la intriga de saber qué era lo que había pasado. Después de terminar las tareas regresé a mi cuarto para dormir. El cuadro seguía ahí, en la misma esquina y de la misma forma en la que mamá lo dejó. Puede que todo haya sido parte de mi imaginación. Puede ser. La única forma de saber que no había sido parte de mi imaginación era volviendo a tirar el cuadro. Pero tendría que encontrar el momento adecuado.

Y así fue. Esperé a que mamá se metiera a la ducha. Me senté sobre la cama y miré un poco temeroso a esa esquina. Tomé aire profundamente, cerré la puerta y también la ventana. Tenía que evitar que dicho ruido se escuchase muy fuerte, y tenía que asegurarme que dicho ruido no proviniera de la calle. Así que cogí el cuadro, trepé la silla y lo alcé con las dos manos. No tardaría en saber si todo fue parte de mi imaginación o no. Y entonces lo lancé. Un sobresalto mío, producto del estruendo, hizo que perdiera el equilibrio, cayendo de espaldas hacia el suelo. Ni con todo mi peso logré hacer el mismo ruido. Permanecí echado en silencio, mirando fijamente al cuadro que yacía unos pasos más allá. Y por tercera vez lo volví a escuchar. No fue mi imaginación. Son voces, ahora las distingo perfectamente pero no entiendo lo que dicen. En esa posición me fui acercando para lograr escuchar más pero aun seguía siendo muy bajo. Eran voces pero necesitaba oírlo más fuerte. De pronto todo quedó en silencio. Ya no escuchaba nada. Cogí el cuadro y lo puse frente a mí. Le di la vuelta y empecé a ver parte por parte. El marco estaba hecho de una madera muy fina y delgada; y sobre él una tela algo opaca debido a lo sucia que se encontraba. Y la puerta dibujada en aquella tela. Sólo una puerta, no paredes, no piso. Sólo una puerta. Era curioso que alguien

podiera pintar algo tan simple y tan misterioso a la vez. Lo sacudí e inmediatamente lo acerqué a mi rostro. No oía nada. Pasé mi mano sobre la tela desde arriba hacia abajo. Era extraño pero había algo diferente. La textura del dibujo de la puerta era distinta, no se asemejaba para nada a la tela. Era áspera y rígida, casi como la sensación que se tiene al tocar...al tocar...al tocar: una puerta. Sentí miedo y curiosidad a la vez. Pero no había forma de que por una puerta tan pequeña pueda haber algo grande. No había forma. Volví a tomar aire profundamente y mi pequeño puño hizo un temeroso y leve contacto con la pequeña puerta. No pasaba nada, seguía sin oír nada. Dos golpes más, esta vez serían más intensos. Uno, dos. Ahora serán tres, algo más fuerte. Uno, dos tres. Otro tipo de chillido me estremeció por completo. Era el chillido proveniente de bisagras que se encuentran oxidadas: la puerta se estaba abriendo. Y detrás de ella un fondo negro, completamente negro, totalmente negro y vacío. Tragué un poco de saliva y permanecí en absoluto silencio por un par de segundos. Tan solo mi respiración y yo, lenta y pausada. Volví a tragar saliva y algo tembloroso opté por dejar el cuadro sobre mi cama. Rápidamente retiré mis manos. Escucho algo, es ese sonido, ese sonido que apareció en las dos oportunidades en las que el cuadro cayó de mi escritorio y provocó ese ruido. Son esas voces, esos murmullos. Y milímetro a milímetro fui acercando mi rostro hacia la puerta que se encontraba abierta con aquel fondo negro detrás de ella. Ahora podía escuchar los latidos de mi corazón. Seguía escuchando las voces.

¿Hola? – dije un poco agitado y muy temeroso.

Retrocedí con un sólo movimiento para esperar respuesta alguna. Y esperé. Me acerqué otra vez.

¿Hola? ¿Quién está ahí? – alzando un poco el tono de mi voz.

A esperar de nuevo. Pero esta vez tuve respuesta. Una respuesta que no esperaba. Lo que vi me obligó a abrir los ojos hasta el máximo. No podía estar completamente seguro pero fue como que algo se asomó por un lado de la puerta y se escondió rápidamente.

¡No te vayas! ¿Quién eres tú? – atiné a preguntar para acabar de una vez por todas con este misterio.

Definitivamente algo estaba pasando y me estaba pasando a mí. Nuevamente aquel personaje se asomó fugazmente pero esta vez por el otro lado. Ahora ya no dije nada. Sólo esperé. Y un pequeño rostro apareció por el mismo lado de la primera vez. Y me miró para luego esconderse. Por el otro lado, por la izquierda, otro diminuto personaje ya no solo asomó su rostro. ¡Es un niño! De cabellos oscuros y mirada desconfiada, se encontraba parado con las manos cogidas por la espalda, parado frente a mí, con ese fondo negro. Llevaba un vestido de color blanco, un blanco brillante y puro, no tenía zapatos y no parecía sentirse

incómodo con ello. Hasta que por la derecha apareció el otro rostro, muy parecido al que ya tenía frente a mí, a no ser porque sus cabellos eran más claros pero el traje era igual al anterior. Ambos me quedaron mirando y al igual que yo ya éramos tres los sorprendidos.

Hola. Me llamo Agustín. ¿Quiénes son ustedes? – me animé a preguntar luego de una breve pausa, parecían ser amigables o al menos eso creía.

Uno de ellos, el de la derecha, se escondió tras escucharme hablar.

¿Por qué se esconde? – pregunté al curioso personaje que quedaba

Porque al igual que yo no sabe quién eres – lo escuché decir con una suave pero traviesa voz.

Soy Agustín, ese es mi nombre. ¿Quién eres tú y de dónde vienes? – fueron las únicas preguntas que hice, temía asustarlos.

Yo soy Saúl – y mientras decía esto, el segundo personaje volvía a hacer su aparición – ¡Ven Naranja! Él es Agustín – esbozando una leve sonrisa.

Hola, yo soy Naranja – demostrando todavía su desconfianza.

¿Y cómo es que llegaron aquí? – dije. A lo que Saúl respondió:

No lo sé. Naranja y yo estábamos...

¡Agustín!!! – una cuarta voz nos alarmó.

¡Oh no! Era mamá. Ya había regresado. ¡Pronto! ¡Tienen que irse! Y rápidamente se escondieron jalando la puerta para cerrarla. Devolví el cuadro al mismo lugar en el que mamá lo había dejado. Salí de mi habitación cerrando la puerta al mismo tiempo.

Esperé hasta mañana, cerré la puerta y la ventana de mi cuarto y realicé el mismo procedimiento de aquella vez. *Toc, toc, toc*. A continuación la espera respectiva. *Toc, toc, toc*. Nuevamente el chillido y esta vez uno de ellos haciendo su posterior aparición.

¡Hey! Hola de nuevo – dije con más seguridad.

Hola – dijo, a la vez que agitaba su pequeña mano en respuesta a mi saludo.

¿Tú eres Naranja verdad? – pregunté intentando empezar una conversación.

Sí. Desde aquella vez he estado atento por si es que volvíamos a escucharte – dijo.

Del lado derecho y con notoria prisa apareció Saúl, aquel otro personaje.

Te vi a lo lejos y corrí tan rápido como pude – dijo Saúl dirigiéndose a Naranjo y echando un vistazo a mi habitación a la vez.

¿Alguien más te ha visto? – preguntó Naranjo con mucha preocupación.

¡De ninguna manera! – dijo Saúl animándose a dar un brinco hacia mi cama.

Seguidamente y con algunas dudas todavía, Naranjo se animó a hacer lo mismo. Realmente eran bastante pequeños, tan pequeños como el tamaño de mi mano. Saúl empezó a dar brincos por toda mi cama, mientras Naranjo se limitaba a observarlo y observarme sigilosamente.

¿Son fantasmas? ¿Acaso duendes o extraterrestres? ¿Vienen de algún planeta? – pregunté viéndolos desplazarse por toda el área.

Somos... cómo tú... niños simplemente. Nuestro mundo está tras esa puerta – respondió Naranjo sin despegar la vista de Saúl.

¿Mundo? ¿Cómo es ese mundo? – quería saber todo respecto a ellos.

Es... nuestro mundo. Muy distinto a este. Es más sencillo y acogedor. El estar aquí me hace sentir extraño – dijo mirándome directamente a los ojos.

¿Qué tienes ahí? – preguntó inesperadamente Saúl, dejando de brincar, y señalando al artefacto con aspecto de caja negra.

Es un televisor. Ahí puedes ver muchas historias, dibujos animados, muchas cosas – dije acercándome para encenderla - ¡Acérquense! Les mostraré cómo funciona.

Ambos se acercaron hasta el borde de mi cama. Permanecieron sorprendidos por unos instantes una vez que lo encendí. Pasaban uno de mis dibujos favoritos.

¿Y? ¿Qué les parece? ¿Les gusta? Estos es uno de mis dibujos favoritos. Observen. El que tiene aquel traje negro quiere destruir a los habitantes de ese reino – traté de explicarles para que puedan tranquilizarse.

Pero... ¿por qué quiere destruirlos? – preguntaron asustados y al unísono.

Porque quieren quedarse con el reino y para ello tiene que destruir a todos sus habitantes. Pero no se asusten, nada de lo que ven es real. Los dibujos no existen – otra vez con la intención de tranquilizarlos.

Parecía que no salían de su asombro y no entendía por qué, la verdad es que a mi me divertía verlo. Y disculpándome por un momento, me dirigí al baño un instante. Era extraño todo lo que sucedía pero me agradaba la idea de tener a estos pequeños amiguitos en mi cuarto.

Regresé pensando en todas las cosas que podría hacer con ellos: jugar, pasear, conversar, divertirme, etc. Al irme acercando los escuché conversar y al entrar me di con una ingrata sorpresa. Uno de ellos, Saúl, tenía una expresión de angustia en su rostro; y peor aun, Naranjo, tenía los ojos llenos de lágrimas, a punto de estallar en llanto. Giraron simultáneamente hacia mí, como buscando una respuesta que no tenía en ese preciso momento, ya que no sabía qué era lo que había pasado en el par de minutos que me ausenté.

¿Qué fue lo que pasó? ¿Por qué lloras? – pregunté muy preocupado.

Sin decir palabra alguna, ambos señalaron hacia el televisor. Miré rápidamente y terminaban de pasar el avance de las noticias, hablaban sobre guerras o peleas, entre otras cosas, cosas que yo tampoco entendía.

¿Y eso tampoco existe? – preguntó Saúl titubeando.

¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué dicen que hay muchas personas muertas? – esta vez fue Naranjo, tratando de contener el llanto y esperando mi explicación.

No lo sé. Papá dice que es problema de adultos, que es algo que yo no entendería ahora – y era la verdad, sabía que peleaban por algo pero no entendía por qué.

No entiendo. ¿Por qué tienen que morir? ¿Quiénes hacen esto? ¿Por qué no hacen algo para detenerlos? – eran muchas preguntas a la vez por parte de Naranjo.

Pero les había dicho la verdad, yo tampoco lo entendía. Y todas esas preguntas también me las hice alguna vez, pero esto era tan frecuente que ya no llamaba mas mi atención. En un intento de cambiar esta situación, apagué el televisor y traté de distraerlos llevándolos hacia la ventana de la sala. Los invité a subirse a la palma de mi mano y caminé con mucho cuidado. La ventana de mi sala daba a un parque así que ahí no verían ese tipo de sucesos que los entristecieron minutos antes. Eran muy pequeños así que no había posibilidad de que alguien los vea y si así fuera, nadie podría darse cuenta que eran reales. Y así fue, tuve razón. Al

menos cambiaron esa expresión de melancolía. Y es que el paisaje era bueno. El sol en todo su esplendor, una pareja de ancianitos sentados en una de las bancas; niños corriendo, en bicicleta, comiendo algún dulce, algunos más pequeños junto con sus padres; un perrito junto a su amo, y ese tipo de cosas que no podrían entristecer a nadie. Y fue entonces que se inició otra conversación.

Se parece a nuestro mundo. Algo reducido pero es muy parecido – dijo Saúl algo sonriente.

Es un parque. Yo suelo ir con mis padres a jugar, a pasear en bicicleta o a patinar. Es muy divertido – dije devolviéndole la sonrisa.

¿Por qué no vienes con nosotros? – dijo Naranjo muy emocionado.

¡Yo?! – esta vez yo era el sorprendido.

¡Claro! Así verás lo maravilloso que es el lugar donde vivimos. ¡Vamos! Te va a gustar – dijo Naranjo aún más emocionado.

Pero Naranjo... - dijo Saúl con algo de recelo.

¿Por qué no Saúl? No va a pasar nada. Explicaremos a los demás quién es él. Agustín es nuestro amigo – dijo Naranjo con una seguridad casi completa.

Luego de la sensación de sorpresa que tuve, me invadió una serie de preguntas a pesar que la curiosidad me motivaba a decir que sí. Pero, ¿cómo podría llegar ahí? Aquella puerta era muy pequeña, yo no podría pasar por ahí si es que ese era el camino. ¿Y si ya no hubiera retorno? ¿Qué pasaría con mamá si notaba que no me encontraba en casa? A la vez que me hacía estas preguntas, aquella curiosidad motivadora iba ganando más fuerza.

Mientras trataba de articular frases que reflejaban la emoción que sentía, ambos se miraron misteriosamente, como tratando de planificar algo en pocos segundos, como si quisieran... ¡iiiQué hacen!!! Uno de ellos me cogió de uno de mis dedos de la mano y el otro del extremo de mi pantalón del mismo lado y... ¡iEstaba en el aire!! Me estaban llevando hacia mi cuarto ¡volando! Pude escuchar que murmuraban algo. ¡Oh no! ¡Era el cuadro! ¡No podría pasar por allí! ¡Esperen! ¡No podré pasar por allí! No podía moverme y mucho menos hacerles entender que yo era muy grande para esa puerta.

¿¿Listooooo?? – gritó uno de ellos mientras yo veía cómo me iba acercando tan a prisa.

Cerré los ojos muy fuertemente para no ver el momento en el que me golpearía y caería junto con ellos. Todo fue tan rápido. Y pasó. Caí. Y aunque no sentí dolor alguno, no quise abrir los ojos por temor. Lo más probable es que junto conmigo alguno de ellos pudo haberse lastimado. De repente, el impacto de quien me llevaba de la mano lo habría dejado golpeado; y quizás el segundo habría quedado por debajo de mí. ¿Y si fuera así? ¿Qué era lo siguiente que haría? Y es que había sido mi culpa. Debí haberles explicado que no era posible. Mantenía los ojos cerrados. No quería saber qué había pasado. No sabía qué hacer. Esperé unos instantes para escuchar alguna señal que me dijera que todo estaba bien. Pero nada. No escuchaba nada. Y estando todavía con los ojos cerrados no tuve más opción que ponerme a llorar silenciosamente. Me sentía mal por lo que pude haber ocasionado aun sin saberlo. Podía imaginarlos heridos y eso me hacía sentir peor. No abriría los ojos por nada. Al menos hasta que mamá regresara y me pudiera ayudar. Mi llanto se estaba convirtiendo en sollozos. No abriré los ojos todavía. Ya casi no escuchaba los sollozos. Aún seguía sin escuchar nada. Ahora ya no oía ni mi llanto ni mis sollozos. Silencio. Mucho silencio. Me estaba quedando dormido. Y dormí.

## Capítulo 2

### EL MEJOR LUGAR DEL MUNDO

Un sobresalto me despertó intempestivamente. No sabía cuánto tiempo había permanecido así. Y muy lentamente opté por abrir los ojos. Una vez hecho esto me cubrí el rostro inmediatamente debido a la intensa luz que paralizó mis sentidos. ¿Acaso el golpe de la caída me había lastimado tanto? ¿Estaba muerto? ¿Acaso me encontraba en el cielo? Cubrí mi rostro con mis manos en un intento por controlar nuevamente mis lágrimas.

¿Hola? – alcancé a oír una voz algo familiar.

Quedé inmovilizado en la posición en la que estaba. Abrí los ojos aún con las manos en mi rostro. Débiles rayos de luz ingresaban por entre mis dedos. Pero todavía no lograba ver nada. Comenzaba a escuchar mis latidos más rápido. ¿Serán los ángeles? Mis ojos estaban ya bastante abiertos. Y poco a poco, movimiento a movimiento, empecé a separar mis manos descubriendo mi pequeño y asustado rostro. La intensa luz que casi me cegó ya no estaba. Aunque en realidad seguía allí, sólo que había algo que me hacía sombra. Seguidamente todo se iba aclarando y...

Hola Agustín. Bienvenido – era un niño, y junto a él tres niños y tres niñas más rodeándome por completo.

Todos muy parecidos, vestidos con un traje blanco, descalzos; observando cada uno de mis gestos. Y de todos ellos dos me sonreían singularmente. Y fue entonces donde enlacé dos momentos que me dieron la explicación de lo que había pasado: claro que había atravesado esa puerta haciéndome caer aquí; y... aquellos dos niños que continuaban sonriendo no serían nada más y nada menos que...

¿Naranjo? ¿Saúl? – no podía creerlo, podía estar casi seguro, eran ellos.

Un momento. Me paré inmediatamente, haciendo retroceder a los demás. Estaba de pie frente a quienes creía eran Naranjo y Saúl pero... ¡tenían mi mismo tamaño! ¿Cómo era eso posible? ¡Eran ellos! Tenía que salir de la duda.

No temas Agustín. Somos nosotros: Saúl y Naranjo – era Naranjo, lo pude reconocer por el color de sus cabellos.

¿Te encuentras bien? Nunca habíamos hecho esto antes. Espero que no te hayamos lastimado Agustín – dijo Saúl agregando lo siguiente – No me

vas a negar que fue divertido ¿no?

Y al decir esto, ambos se miraron traviesamente y empezaron a reírse a carcajadas. Lo que me dio tranquilidad y calma para poder permanecer sin temor alguno. Sonreí junto con ellos y sentí que los demás niños hicieron lo mismo.

En esta ocasión me tocó a mí explorar el lugar en el que me encontraba, casi como Saúl y Naranjo lo hicieran aquella vez. Y así lo hice, miré a mi alrededor.

Todo era verde, muy verde, muy grande, muy limpio, muy puro. Todo estaba tranquilo, calmado y verde, muy verde. El cielo era celeste, muy celeste; con nubes que parecían de algodón, casi irreales, pero muy blancas; y un sol que iluminaba tanto que si lo mirabas de frente podría cegarte un buen rato. El viento era ligero, y el sol calentaba lo suficiente como para no sofocarte. Se respiraba paz, mucha paz; podía percibir un ligero olor a mar, a tierra, a flores.

Mi cabeza seguía realizando giros en círculos, como para seguir explorando todo el lugar. Mi cuerpo se volteaba para no perderse ningún detalle. Aquellos niños seguían observándome, ya ninguno me miraba de forma extraña, ahora sonreían con algo de coquetería. A lo lejos habían muchos árboles, todos ellos estaban dispuestos de tal manera que semejaban la formación de algún batallón del ejército; muy rectos todos, muy bien uniformados, muy bien alineados, muy bien formados. Formaban una especie de cerco al espacio que alcanzaba a ver, cada uno de ellos con una ubicación bien precisa; si me movía un poco hacia la derecha o izquierda llegaba a ver la fila en diagonal que llegaban a formar, una fila muy perfecta, muy larga, tan larga que por más que daba pasos hacia los lados, no llegaba a ver el último.

Mira. Ellos también viven aquí – dijo Saúl señalando a los otros cinco personajes que acababan de conocerme.

Hola Agustín. Yo soy Violeta – una niña de cabellos muy claros y con una mirada que inspiraba tranquilidad sacudía su mano en señal de saludo.

Yo soy Liña – una segunda niña junto a Violeta imitaba la misma señal, ella tenía cabellos de un color bien oscuro y su rostro expresaba algo de seriedad.

Y yo me llamo Joro – un niño algo gordito me miró sonrojado a la vez que se cogía las manos por detrás.

Y yo soy Dreve – dijo el siguiente niño que se encontraba al lado de los

anteriores, tenía cabello rizado y de tono marrón.

Y ella es Orillama – dijo Dreve dando un paso al lado para descubrir a la última niña de cabello largo.

¡Hola a todos! – dije sacudiendo ambas manos.

A pesar de estar en un lugar que conocía por primera vez y de estar con gente que nunca había estado en mi vida, tenía la seguridad de que nada malo me podía pasar allí.

¿Y qué es lo que hacen aquí? – pregunté esperando que alguno de los siete me respondiera.

Pues mira a tu alrededor. Aquí somos libres de hacer cuanto queramos hacer – dijo Violeta que dio el primer paso para iniciar una maratón en aquel inmenso campo.

Y todos los demás empezaron a correr tras ella. Todos con risas y saltos. Agitando brazos y piernas. Silbando, cantando, riendo. Y corrí cuanto pude pero se alejaron al punto de ver como iban desapareciendo en el horizonte. ¡Esperen! Hasta que desaparecieron por completo. Ya no podía seguir corriendo, comencé a disminuir la velocidad y me detuve apoyándome sobre mis rodillas.

No te preocupes... - era una voz aun más agitada que la mía que venía por detrás, para lo cual giré rápidamente.

Era Joro. Llevaba el rostro completamente enrojecido y ya estaba casi sin aliento, lo que lo obligó a tirarse al pasto para descansar un rato. Hice lo mismo y me recosté junto a él. El cielo era celeste, inmenso, increíble.

Suelen hacer eso – dijo Joro algo más relajado – y suele pasar lo mismo, soy yo quien siempre llega al final – con algo de resignación pero sonriente.

¿Y hacia donde corren? ¿Dónde están ahora? – pregunté.

Pues algunos en casa, algunos en los alrededores, y otros quien sabe – dijo mirándome y con desinterés.

¿Y desde cuándo viven aquí? ¿Cómo es que llegaron? – comenzaba a despejar alguna de las muchas dudas que tenía.

¿Quieres saber cómo es que llegamos aquí? Está bien te contaré la historia de camino a casa – a lo que se levantó y me extendió su brazo

para yo poder levantarme...

*Naúm es su nombre, el nombre de la persona que creó todo esto con la magia. Y es que él decía que todo mago tenía que emplear su magia para crear algo, algo magnífico, algo increíble, de magnitudes inmensurables, cualquier cosa que signifique grandeza, algo que les permita alcanzar la gloria y así lograr que sus poderes sean infinitos. Él quiso crear un mundo, el mundo perfecto, un mundo en el que pudiera reunir a cuanto ser viviente sea posible, en un completo estado de armonía, descartando todo tipo de sentimientos y sensaciones negativas; un mundo en el cual sólo exista la unión, donde todo sea tranquilidad, donde él pudiera sentirse en paz; paz que no encontraba junto a los seres humanos. Y así empezó todo, creó un espacio en el cual todo era verde y alrededor de él un cerco a base de árboles que delimitaría aquel espacio. Y en este lugar siempre habría luz; con un sol radiante que nos iluminaría y nos llenaría de vida. Seguido de esto, creó todo lo demás, flores, plantas, animales de todo tipo, alimentos, aves, etc. Pero Naúm necesitaba compañía y también sabía que de todos los seres humanos, sólo algunos podían ser merecedores de su mundo, un mundo en el que necesitaba mucha alegría pero también pureza, pureza que sólo encontró en los niños. Y acto seguido llegaron los primeros, los siete primeros, a quienes ubicó a la derecha de su hogar. Y Naúm se sentía alegre de saber que podía haber un lugar en el que todo sea bueno, y ese lugar era el suyo. Y luego llegamos nosotros, ubicados hacia el otro lado, frente al primer grupo de niños. Se iba dando cuenta que mientras más eran, más júbilo y gozo sentía. Y todo esto nos pertenece ahora, aquí vivimos y somos felices.*

Y hasta que llegamos a un punto en el que nos detuvimos. Joro se volteó hacia mí y con una cálida sonrisa me dijo:

Bienvenido Agustín. Bienvenido a nuestro hogar.

Estaba parado frente a lo que ellos o el tal Naúm habían creado para vivir. Los árboles seguían formados a lo lejos como parte del cerco pero ahora cerca de éstos se podía observar animales de todo tipo, de todo tamaño; y flores, muchas flores. Y unos metros más allá estaban ellos, aquellos niños de los que Joro me había hablado, algunos corriendo, jugando, cantando, riendo y divirtiéndose.

¡Ven! Te mostraré nuestra casa – dijo cogiéndome de la mano

Y a medida que nos íbamos acercando noté que había una formación de piedras que simulaba una gran cueva. De estas cuevas había dos más, pero una de ellas era mucho más grande. En el centro de todo una laguna, muy cristalina, haciendo de espejo al celeste cielo.

Pasa. Te va a gustar – dijo Joro dirigiéndose a la entrada de aquella

primera cueva que vi.

Y al entrar percibí un aroma tan agradable que daba una sensación de bienestar profundo.

¿De dónde viene ese olor? – pregunté tomando aire profundamente para sentirlo de nuevo.

Mira allá – señalando hacia arriba.

Eran flores, de todo tipo, de todos los colores; que en conjunto emanaban un aroma exquisito. Eran flores que nacían de entre las piedras, adornando lo que para mí formaría parte del techo de aquella singular casa. A continuación una melodía proveniente de algún lugar volvió a llamar mi atención.

¡Vamos! Es hora de cantar – dijo cogiéndome otra vez de la mano, y llevándome a prisa hacia fuera.

Los demás niños iban acercándose hacia la laguna y una vez allí empezaron a tomarse de las manos formando una especie de ronda. A mi derecha Joro y luego Saúl que por el lado izquierdo me cogió para cerrar aquella ronda, la cual empezó a girar al compás de una canción.

*Gira, gira, gira, no pares de girar. Y mientras lo hagas, no pares de cantar.*

*Canta, canta, canta, no pares de cantar. Y canta más fuerte para poder bailar.*

*Baila, baila, baila, no pares de bailar. Y mientras lo haces, no dejes de girar*

*Gira, gira, gira, deja de girar. Y cuando lo hagas, corre sin parar.*

Todos se soltaron y en un instante corrieron hacia todos lados dejándome solo en aquel lugar. ¿A dónde se fueron? ¿Dónde están? ¿Qué había pasado? ¿Qué los había asustado? Esperen. Oigo risas no muy lejos de aquí. Parece que provienen de esa cueva en la que estuve hace un momento. Me acerqué rápidamente y ¡sí!, eran Joro y Violeta que me miraron sonrientes y dijeron:

¡Rápido! Tienes que encontrar a los demás

¡Claro! Eso era. Estaban jugando conmigo. Todos se habían escondido y yo tendría que encontrarlos. Vi a alguien detrás de ese arbusto. Iré por él. Ahora dos más sumergidos en el agua. Uno más trataba de ocultarse tras

un cerdito. ¡Oh no! Son muchos. Será mejor que me apure.

Terminé exhausto, pasé mucho tiempo buscándolos aunque aún seguía siendo de día. Habiendo encontrado al último no tuve otra opción que volverme a tirar al suelo en señal de agotamiento. A pesar de haberme quedado sin aliento, sabía que este era el sitio perfecto para mí, sin mandados, sin tareas, un sitio donde podía jugar todo el día si quería y nadie iba a decirme nada por eso. Y junto a mí Liña y Dreve estaban acostados.

Y ¿dónde está Naúm? Joro me ha hablado mucho de él – pregunté en un intento de conocer a ese famoso personaje.

Naúm... - dijeron a la vez y algo en la expresión de sus rostros había cambiado.

*Cuando Naúm empezó a crear esto, no sólo quiso hacer una gran obra para obtener los anhelados poderes que cualquier mago hubiera deseado, sino que el quería un espacio que cuente con todo lo bello y mágico de la vida, lejos de todo lo negativo que había percibido junto a los seres humano, con los cuales habitó por bastante tiempo. Él quiso crear su propio mundo, un mundo lleno de paz, de armonía. En eso consistiría su obra maestra; y una vez terminada, los anhelados poderes le serían otorgados. Pero había algo que hasta ahora ningún mago había logrado; y esto era alcanzar su propia eternidad. Eternidad que cualquiera hubiera alcanzado una vez concluido ese algo increíble, esa obra maestra.*

*Un día, Naúm nos reunió a todos los que hasta ese momento habíamos formado parte de su creación. Nos habló de forma misteriosa, la mayoría de nosotros no entendimos lo que en ese momento trató de decirnos: "todo lo que está aquí es de ustedes y para ustedes, hagan de éste, ahora su mundo, lo que yo hubiera querido hacer con él; cuídenlo, quiéranlo, protéjanlo y nunca, pero nunca permitan que este lugar se apague". Días después de haberse llevado a cabo aquella reunión, Naúm ya no era el mismo, ya no solía compartir tanto tiempo con nosotros, solía estar encerrado; a medida que pasaban los días menos era el tiempo que se le veía fuera. Hasta que llegó un día en el que ya no se le vio salir, nadie lo volvió a ver.*

Cuando Liña terminaba de relatarme este acontecimiento pude notar que aquella expresión que vi en un principio, no era más que una expresión de nostalgia, nostalgia que ellos se encargaban de borrar haciendo lo que Naúm les había encomendado: ser felices.

¿Quieres ir allá? – preguntó Dreve.

Pero Dreve... no podemos – respondió Liña.

¿Ir adonde? ¿Por qué no? ¡Sí, vamos! – respondí emocionado sin saber a qué se referían.

Naúm nunca nos prohibió ir allá. ¿Qué es lo que podría pasar? ¿A qué le temes? – ahora entendía que Dreve se refería a la morada en la que Naúm permaneció todo ese tiempo.

Pero Naúm aún está ahí. Nunca lo vimos salir. No sabemos qué podemos encontrar adentro – dijo Liña aún con algo de temor.

Está bien. No entraremos pero podemos mostrarle a Agustín cómo es por fuera – Dreve había sonado convincente lo que le permitió a Liña aceptar.

Y emprendimos una breve caminata hacia aquel lugar. Desde donde me encontraba inicialmente pude observar esas dos cuevitas que servían de morada para todos los niños, pero también pude ver una tercera de mayor tamaño. Estaba cercada por un riachuelo lleno de peces de muchos colores, un riachuelo que parecía nacer y terminar de entre los árboles; rodeado también por flores y muchos frutos, los que se veían brillantes, coloridos y apetecibles, tan apetecibles que no dudé en coger una pera, de entre tantos tipos de frutos que habían, y la probé. Tenía un sabor único, casi como de miel, y era verde, muy verde.

¿Qué es esto? – preguntó Liña dirigiéndose a Dreve y señalando a unas flores.

Mmm... primera vez que las veo, no hay ninguna flor como éstas en toda la periferia. Que extraño – fue el comentario de Dreve.

Están marchitas – dije sin ninguna señal de sorpresa.

¿Marchitas? – preguntaron ambos con extrañeza y como esperando una mejor explicación de parte mía.

Marchitas. Pasado cierto tiempo, las flores se marchitan, se mueren. Y esas flores se están marchitando – traté de explicar a mi manera sobre el conjunto de cuatro flores que tomaban un color marrón, opacando el color original que parecían tener.

¿Marchitas? No. Eso es imposible – era Dreve que soltaba algunas carcajadas.

Puede que Naúm haya creado sus propias flores, flores que sólo crecerían cerca de él. Quizá tendrían alguno de sus poderes mágicos – fue la

explicación de Liña.

Están marchitas – insistí una vez más, a lo que dejaron de sonreír para mirarme con algo de seriedad.

No Agustín. ¿Acaso quieres decir que estas flores se están muriendo? Es imposible – nuevamente, ahora Liña, usaba el término “imposible” para tratar de no creer en lo que yo sí creía.

Todo lo que ves aquí ha permanecido así desde su creación, todo es vida, por lo tanto las flores no pueden estar marchitas – intervino Dreve.

*“Todo será vida mientras mi magia exista, así es que si algo quisiera apagarse, de ustedes dependerá que no pase”* Él lo dijo aquella vez. Agustín tiene razón. Esas flores están marchitas – otro niño del que aún no sabía el nombre nos interrumpió de este modo – Vengan, les mostraré otra cosa – y emprendimos una caminata de regreso, al mismo punto donde probé aquella deliciosa pera.

¿Es aquí Celso? Aquí todo está igual – Liña preguntaba al niño del cual conocí su nombre.

Te equivocas. Mira – exploró el lugar como buscando algo en particular y luego cogió una manzana que a primera vista se veía exquisita – ¿Ven?

Está podrida – esta vez fue mi turno de intervenir. Liña y Dreve quedaron mirándome fijamente.

¿Y ahora qué vamos a hacer? – Liña hizo esta pregunta con mucha angustia.

## Capítulo 3

### **CREER EN NOSOTROS MISMOS**

Eran conmigo 15 niños en total. Parecía todo tan misterioso, entre ellos se hacían preguntas, Saúl estaba a mi lado y por ratos me miraba cómo queriéndome hacer alguna pregunta también, pero era obvio, si ellos que vivían aquí no tenían idea de lo que pasaba, menos lo iba a saber yo.

Queridos amigos. Quizá no hayamos tenido una reunión de este tipo desde hace bastante tiempo, tiempo en el cual Naúm solía reunirse con nosotros. En los últimos días han estado sucediendo cosas que puede que alguno de ustedes haya notado como extrañas. Y es que parece ser que mucho de lo que Naúm nos dijo la última vez era cierto.

Era la forma en la que Celso había comenzado el discurso. Todos permanecían en total silencio esperando escuchar algo más que los libere de tanta intriga. Seguidamente invitó a Emilio a pasar a su lado y a mostrar las flores y la manzana que encontramos por aquel lugar.

Estas flores comenzaron a marchitarse y la manzana a pudrirse y no sabemos desde cuando viene ocurriendo esto. Esto quiere decir que ha llegado el momento en el que de nosotros depende mantengamos nuestro mundo con vida ya que esto es muestra de que tal y como lo dijo Naúm: "*la luz empieza a apagarse*".

Un silencio sepulcral inundaba ahora el lugar. Nadie sabía qué decir. Ya nadie hacía preguntas ni murmuraban sobre el tema. Parecía que todo había quedado claro. Se notaba algo de susto y preocupación en la mayoría de rostros. Nada de lo que existía aquí podía morir, y si ese momento llegaba a pasar sin poderlo detener, todo avanzaría incluso hasta llegar a: ellos. Ahora entendía su preocupación, quizá comenzaría por las flores y los frutos que como relató Joro, eran algunos de los primeros elementos que Naúm creó tiempo atrás; y probablemente ese sería el orden, así que no había mucho tiempo.

¿Y qué es lo que vamos a hacer? – sin dudarle siquiera me encontraba de pie haciendo esta pregunta.

Podemos ir a la casa de Naúm. Quizá ahí encontremos alguna pista – ahora Saúl se encontraba de pie también junto a mí.

¿A la casa de Naúm? Pero no podemos entrar ahí. Además está cerrada –

dijo uno de los que se encontraban al frente de nosotros.

No está cerrada. Podemos entrar, Naúm no está ahí – Naranjo fue el siguiente en intervenir.

¿Y cómo es que sabes eso? Acaso... - dijo Sebastián.

Sí. Saúl y yo entramos ahí. Un día corríamos por los alrededores tratando de alcanzarnos uno al otro. Cuando nos detuvimos a descansar, yo me recosté en el suelo y Saúl se apoyó en la puerta que daba a la entrada, la cual se abrió. Por un momento dudamos en ingresar pero luego lo hicimos. Al igual que ustedes, siempre hemos querido saber si Naúm seguía ahí pero no, él ya no está – Naranjo relataba el hecho con algo de culpabilidad.

Pues eso haremos. ¿Quiénes irán conmigo? – un breve silencio reinaba luego de que Celso hiciera la pregunta.

Yo iré – Saúl había alzado la mano – Ya he estado ahí antes.

¿Podré ir yo? Quizá pueda ayudar en algo – pregunté tímidamente a la vez que todos me miraban con algo de sorpresa. Un par de segundos pasaron y nadie me daba respuesta.

Mmm... Está bien Agustín, puedes ir con nosotros – Celso respondía a mi pregunta aún no muy seguro del todo – Bien, es hora de irnos.

Pero antes, los demás deberán explorar todo el lugar por si es que encuentran algo extraño, cualquier cosa que les pareciera diferente. Terminado esto nos reuniremos aquí mismo – dijo Celso.

Estando Celso, Saúl y yo juntos, emprendimos la caminata de ida hacia la casa de Naúm. Esta vez ingresaríamos, algo que los había llenado de intriga por bastante tiempo, misterio que no soportaron Saúl y Naranjo.

Ahora estábamos parados frente a la puerta. Era una puerta grande, algo ovalada y de piedra. Probablemente sería pesada para abrirla. Todos se miraban entre sí como para saber cómo la abrirían. Hasta que en eso Saúl da un paso al frente y hace un leve empujón hacia dentro y ¡oh sorpresa!, la puerta estaba abierta. Nuevamente las miradas rondaban entre nosotros. Y nuevamente Saúl tomó la iniciativa, ya que él fue el primero que entró haciéndonos la invitación para seguirlo. Él ya había estado ahí, así que nada podía pasar, por lo que yo fui el primero en seguirlo, a lo que los demás hicieron lo mismo.

Si bien por fuera tenía el mismo aspecto que las demás cuevitas, me llevé una sorpresa al ver que por dentro todo era muy distinto. No había esas flores de techo y por lo tanto no sentí aquel aroma tan agradable. Todo

seguía siendo de piedra por dentro pero el espacio era muy amplio, más amplio de lo que aparentaba ser por fuera. Dimos algunos pasos, todos mirábamos hacia todos lados para seguir explorando el lugar. Una mesa en forma de anillo, y sobre ella restos de pétalos de todo tipo y de todo color, pedazos de frutas que no eran reales, retazos de tela de diferentes texturas y colores, entre otras cosas. Todo esto estaba esparcido en todo el largo de aquella mesa. Y otra vez Saúl se adelantaba a dar el siguiente paso. Había una entrada que daba hacia una especie de sótano que curiosamente era bastante iluminado ya que la disposición de los agujeros que se encontraban en el techo, formaban en conjunto un solo haz de luz que se dirigía a la entrada de dicho sótano. Todo era misterioso pero igual lo seguí. Una vez abajo el espacio era mucho menor que el de arriba, y esta vez una pequeña mesa en forma circular estaba postrada en el centro. Y encima de ésta, muchos colores, colores de todo tipo, pintura de diversos tonos, lápices de diferentes tamaños y... ¡la puerta! Era la puerta, la misma puerta por la que llegué a este lugar. Estaba dibujada en un espacio de la pared, pared que en este caso no era de piedra, sino de madera. Pared que daba la impresión de haber servido de pizarra, estaba algo opaca y sucia.

¡La puerta! – esta vez lo dije en voz fuerte.

Sí Agustín, es la puerta – Saúl me quedó mirando como tratando de decirme que no dijera mas nada.

¿Qué pasa con esa puerta? – luego de que Celso hiciera la pregunta, Saúl y yo nos quedamos en silencio sin saber qué decir, aunque en realidad yo también necesitaba una explicación.

Naranjo y yo la encontramos. Aquel día que vinimos la vimos y luego escuchamos que alguien golpeaba. En un inicio no sabíamos de donde venía aquel ruido pero a medida que se repetía llegamos a la conclusión que venía de aquel dibujo y simplemente la abrimos. No sabíamos que habría detrás y fue así que al asomarnos nos encontramos con Agustín. Una vez que lo convencimos para que venga con nosotros no lo podíamos dejar aquí, así que lo llevamos afuera para que nadie se diera cuenta de dónde había venido – algo temeroso Saúl terminaba de relatar cómo había sucedido aquel acontecimiento.

Miren... aquí hay algo – y me acerqué hacia aquella pared.

Pasé mi mano para quitar parte del polvo que cubría aquel dibujo que me pareció ver. Era un libro, un libro algo grande y un poco grueso. Había sido dibujado dando la impresión de estar sobre una repisa y tenía una apariencia muy real, como la puerta. ¡Entonces esto también sería real! Y puse mi mano sobre el único lado del libro que sobresalía y con algo de dificultad lo cogí para luego sacarlo. Inmediatamente lo coloqué sobre la mesa y lo abrí. Sentí que los demás se acercaban a mirar pero no dijeron

nada. Abrí el libro por la mitad pero las hojas estaban en blanco, corrí un poco de hojas más pero nada, no decía nada. Cerré el libro para verlo detalladamente por fuera y nuevamente lo abrí, esta vez por la primera página y... aquí dice algo... había algo escrito al pasar a la siguiente página.

Miren. Aquí dice algo. Y creo que les corresponde a ustedes leerlo – dije tratando de ceder mi espacio a Celso.

¿Leerlo? – dijo Celso algo sorprendido – Ninguno de nosotros sabe leer. Nunca hemos tenido la necesidad de hacerlo viviendo aquí.

¡Pero tú si sabes! - afirmaba Saúl con completa seguridad – Vamos léelo... ¿qué es lo que dice?

¿Es un mensaje de Naúm? ¿Dice algo sobre nosotros? – ahora Celso me hacía estas preguntas.

Esperen, no lo sé. Pero está bien, voy a leerlo - y regresé nuevamente a la posición en la que me encontraba para dar inicio a la lectura.

Habrá pasado mucho tiempo ya hasta que alguien logre encontrar lo que a continuación voy a relatar. Esto es lo único y lo más valioso que tendrán de mí. Pues aquí está el secreto de lo que en vida fui. Quizá temprano o tarde sea ya, pero si ya han llegado hasta aquí es porque aún no es el fin. Desde este momento deberán recordar, todo lo que en adelante les sucederá. Para empezar, a todos deberán reunir para mi mensaje poder transmitir...

Es todo – en las siguientes hojas no había nada - Quiere que todos estén reunidos y sepan de esto – dije tratando de explicar lo que yo había entendido.

Celso, Saúl y yo nos encontrábamos frente a los demás. Podía percibir una atmósfera de angustia. Todos tenían puesta la mirada en nosotros, esperando que alguno dijera algo, y esperando una explicación sobre el libro que yo llevaba en manos. Y es que era obvio, ¿de dónde podía sacar un libro estando en un lugar donde todo era pura naturaleza? Lo más lógico es que piensen que aquel libro tenía relación con la visita que realizamos en la casa de Naúm.

Queridos hermanos, estamos reunidos acá nuevamente como quedamos y además porque así lo quiso Naúm – empezó Celso – Y aunque tal y como lo dijera Saúl, no hemos encontrado a Naúm dentro, lo que sí hemos encontrado es un libro – señalando al objeto que yo llevaba – Un libro que al parecer es el medio por el cual Naúm quiere comunicarnos algo, quizá

la respuesta que nosotros estábamos buscando.

Luego de terminar de decir estas palabras, Celso hizo una señal para que yo volviera a leer aquel mensaje nuevamente. Y así lo hice. Una vez leído noté bastante confusión entre ellos, muchos murmuraban, muchos esperaban que yo siguiera hablando, y muchos se miraban mutuamente.

Es por eso que estamos aquí – dijo Celso – Naúm nos ha pedido como primera tarea reunirnos para decirles esto. Probablemente ustedes al igual que yo...

¡Esperen! ¡Hay algo más! – interrumpí alarmado puesto que la página que seguía, que previamente se encontraba vacía, contenía ahora un texto más – Esto no estaba antes. Acaba de aparecer – todos me miraban aun más asombrados, ahora ya ni murmuraban.

Y ¿qué es lo que dice? – preguntó Emilio.

*Muy queridos hijos míos:*

*Empezaré diciéndoles que ha de llegar el día en el que todo lo que ustedes creyeron vida no podrá mantenerse como tal por sí solo. Y esto debido a que es necesario que una persona esté a cargo de ustedes, una persona que pueda guiarlos, una persona que pueda cuidar de todo lo que les rodea.*

*Muchos de ustedes se estarán preguntando qué es exactamente lo que tienen que hacer para salvar nuestro mundo. La respuesta es muy fácil pero para llegar a ella tendrán que demostrarme que lo que yo les he enseñado no fue en vano.*

*Todos poseen cualidades particulares que yo puse en cada uno de ustedes con un único propósito: vivir en armonía. Y será gracias a estas cualidades, que ustedes descubrirán a aquella persona capaz de ocupar mi lugar, y que desde ahora les digo, con mucha valentía y una cualidad en particular deberá contar.*

*Primero, un orden lógico deberán respetar y así con los primeros deberán contar.*

*Segundo, al respectivo hogar se dirigirán y en la parte de atrás se situarán.*

*Y en ese exacto lugar, al árbol de enfrente tendrán que mirar.*

*Si están en la posición correcta algo distinto podrán notar.*

*De dos en dos contarán los árboles que uno detrás de otro seguirán.*

*Sumando veinte se detendrán, darán una vuelta y el libro abrirán.*

Nuevamente fue lo último que había. La siguiente página estaba en blanco. Un silencio absoluto reinaba. Todos parecían no creer lo que yo les había leído. Asustados, intrigados, confundidos, no lo sé, y es que en parte hasta yo lo estaba.

¿Los primeros? ¿Quiénes irán entonces? – preguntó Saúl - ¿acaso somos nosotros los primeros por haber descubierto esto?

No Saúl. Debemos seguir un orden lógico ¿no? – era Dreve que al parecer había comprendido el mensaje – Ni tú ni yo somos los primeros. Parece que se refiere a los primeros, a los primeros que él creó.

Alicia, Celso, Sebastián, Emilio, Aristo, Elma y Sandra. Entonces son ustedes los que deberán ir – dijo Dreve.

Pues eso haremos – dijo Celso – pero Agustín tú deberás ir con nosotros, necesitaremos de tu ayuda, llegando ahí tendremos que abrir el libro y tú tienes que estar ahí para saber lo que sigue. Vamos.

Y eso hicimos. Todos llegamos al lugar inicial, todos, los catorce niños y yo. La expectativa era grande. Nadie sabía lo que pasaría en los próximos instantes. Alicia, Celso, Sebastián, Emilio, Aristo, Elma y Sandra dieron un paso al frente. Algo dudoso también hice lo mismo, seguía llevando el libro en manos así que tenía que acompañarlos, además todo era tan misterioso y era tan importante para ellos que tenía que ayudarlos de alguna manera. Y dimos la vuelta hasta llegar a ese punto exacto en el que veríamos al árbol con algo en particular. Y era cierto, los rayos del sol hacían que las hojas tuvieran un color verde intenso, casi brillante, que llamaba la atención a simple vista. ¡Es por ahí! Y al decir esto di un paso hacia delante situándome justo al frente del mencionado árbol y al mirar hacia atrás vi cómo los demás me quedaron mirando. El primero en seguirme fue Celso y así siguieron los demás.

Iremos en fila. Uno detrás de otro para no perdernos. Debemos estar atentos por si hay algo extraño – dije con mucha seguridad.

¿Y cómo sabremos que hemos llegado? – preguntó Elma.

Aquí dice que tenemos que contar de dos en dos hasta llegar a veinte – dije cogiendo el libro con las dos manos.

¿Y cómo haremos eso? – preguntó nuevamente Elma.

Pues contando de dos en dos – y fue aquí donde mi seguridad comenzaba a caer de a pocos. Y es que tendría que hacer algo que no era de mi agrado: sumar. Era obvio que ellos no sabían hacerlo.

Entonces tú podrías ir primero ¿no Agustín? – era Aristo.

Y así nos encaminamos hacia un lugar desconocido tanto para ellos como para mí. Empecemos. Los primeros serán fáciles. Dos. Avanzábamos a paso ligero. Cuatro. Seis. Había árboles por todos lados así que deberíamos mantener la fila para no confundirnos. Ocho. Comenzaba a aparecer una especie de nubosidad a medida que avanzábamos. Diez. Ahora necesitare ayudarme con mis dedos. Doce. Y esto me obligaba a avanzar más despacio. Catorce. Mmmm. Dieciséis. Ya deberíamos estar cerca. Dieciocho. Mas dos. Veinte. ¿Veinte? Sí. Dieciocho mas dos es veinte. Entonces me detuve... ¡Es aquí!

¿Ya llegamos? – escuché decir a alguien de la fila.

Eso creo – dije.

¿Y qué sigue ahora? – era la voz de Celso.

Decía que debemos dar una vuelta – dijo Elma.

Nadie más intervino. Y entonces giramos lentamente dando aquella vuelta mientras miraba hacia abajo y me preguntaba qué seguiría. Fue entonces que la nubosidad comenzó a disiparse y... Algo que no eran árboles apareció frente a nosotros. Hay una entrada, una entrada hacia algún lugar, un lugar que desconocíamos pero al cual probablemente tendríamos que entrar. Era una entrada muy grande, de piedra y rectangular. Hacia los lados se extendían arbustos que hacían de paredes las cuales no lograba ver dónde terminaban. ¡El libro! Ahora teníamos que abrir el libro.

*Felicitaciones porque ustedes han seguido como yo se los he pedido*

*Ahora será mejor continuar si este mundo quieren salvar*

*Haberse dado cuenta de algo importante debieron*

*Un pequeño animal está en peligro, por si no lo descubrieron*

*En este punto un arco iris deberán formar, seguir su recorrido y su final encontrar*

*Y en ese mismo lugar un nuevo mensaje encontrarán*

*Son siete los colores que más cerca de lo que piensan estarán*

*Pero tengan presente que sin valores será difícil avanzar.*

¿Alguien ha visto algo? – preguntó Celso luego de haber reunido a todos nuevamente.

¿Algo como qué? – preguntó Violeta.

No lo sé. Naúm dice que debimos habernos dado cuenta de algo importante y hasta menciona que un animal estaría en peligro – Celso respondía a su pregunta – Mientras Agustín, Saúl y yo fuimos a la casa de Naúm a ver qué encontrábamos, los demás debieron haber explorado todo el lugar para ver si había algo extraño, así que ahora les pregunto: ¿alguno de ustedes encontró algo fuera de la normalidad o notaron algo que les llamó la atención?

Yo encontré más de esas flores, como la que nos mostraron – intervino Sandra.

Yo vi algunas frutas como esa manzana – dijo Elma.

Ni Elma ni yo vimos algo extraño – dijo Alicia.

Liña, Orillama y yo vimos por sobre las nubes y nada – dijo Violeta.

Era extraño pero recién me daba cuenta que no todos podían volar. Ahora que lo decía, Violeta junto con Liña y Orillama tenían algo pequeño detrás de sus vestidos que tenía un leve brillo. ¿Serían sus alas? Nunca las había visto. Tampoco se las vi a Naranjo ni a Saúl aquella vez que crucé esa puerta inesperadamente. En fin, entonces la mayoría había encontrado más de lo mismo: flores y alimentos que perdían vida, pero nadie había visto un animal así que supuse que tendríamos que buscarlo.

A partir de ese momento, todos se dispersaron con mucha prisa. Si había un animal que estaba en peligro, teníamos que apurarnos para no llegar demasiado tarde. Saúl estaba conmigo. Caminamos y caminamos y más de lo mismo, las flores marchitas, los frutos casi podridos. Seguimos caminando. Llegamos a la laguna. Los peces estaban bien. Seguiremos hacia otro lado. Hacia los árboles. Perros, gatos, monos, a lo lejos una jirafa. Todos sin ningún problema, los había visto bien, varias veces para ver si notaba algo extraño pero nada. Incluso las mariposas, ardillas, pero nada. ¿Ya sería tarde? Nadie tampoco había dado señal de haber encontrado algo. Saúl andaba callado, podía notar su preocupación al igual que los demás.

iiiiPor aquíiiiiiiii!!!! – alguien gritó lo suficiente como para que todos lo

podieran escuchar sin importar qué tan lejos se encontraba.

Inmediatamente todos empezaron a correr en dirección de donde provenía aquel grito. Corrían muy rápido, casi como una maratón. Y nuevamente me había quedado atrás. Y nuevamente Joro había quedado detrás de mí. Al llegar al lugar, todos estaban rodeando algo. Lograba ver algo blanco, con una apariencia de algodón, de ser algo bastante blando. Estaba apoyado sobre alguien pero ese alguien se movió y... caí. Caí exactamente frente al animal que todos andábamos buscando. ¡Es un conejo! Tenía la mirada fija en mí y estaba recostado sin poder moverse. Nadie sabía lo que había pasado pero era evidente, algo malo sucedía con él y no podíamos esperar a saber qué era.

¡Rápido! – exclamé - ¡Es aquí! ¡El arco iris!

¿Pero cómo haremos eso? – preguntó alguien.

Era cierto. ¿Cómo haremos eso? ¿De dónde sacaríamos un arco iris? Naúm dijo que los colores están cerca de nosotros pero ¿dónde? Vi a todo mi alrededor y no veía ningún arco iris por ningún lado. ¿Aparecería de un momento a otro?

¡Las flores! – dijo Saúl que al parecer tenía la solución – Hay flores de todos los colores. Quizás si las ordenamos y formamos un arco iris con ellas...

Pero no las podemos arrancar – dijo Sebastián – Jamás haríamos algo así.

¿Por arrancar una flor? Yo lo hacía constantemente. ¿Qué tenía de malo? Además tenían flores por todos lados. No entendía cuál era el problema.

¿Por qué no? – pregunté por curiosidad.

Porque es parte de la naturaleza. Y la naturaleza es vida. Y al arrancar una flor la estaríamos separando de su fuente de vida que es la tierra. Y es obvio que moriría – me explicaba Sebastián dejándome sin palabras y sin opción a refutar.

¡Los colores! – Naranjo parecía tener la respuesta – Quizás si dibujamos uno...

¿Dibujarlo? – preguntó Celso – Las paredes de Naúm no son tan grandes como para dibujar un arco iris – explicó a pesar que la mayoría no entendía de qué colores hablaba.

Rojo... Anaranjado... Amarillo... - trataba de recordar los siete colores del arco iris – Verde... Azul... ¿Qué más? – no recordaba los dos últimos –

Ñal... No... Ñil... Tampoco... Creo que... ¡Añil! – era un color extraño por eso se me hizo difícil recordarlo pero faltaba uno - ¿Cuál era? Rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, añil y... Y... - sólo uno más - Y... ¡Violeta! – grité emocionado al acordarme de todos.

¿Qué?! – preguntó Violeta asustada.

¿Qué? – pregunté yo.

No lo sé. ¿Qué? – volvió a preguntar ella.

No entiendo. ¿Qué? – volví a preguntar yo.

Es que dijiste mi nombre – dijo ella.

¡Ah! No, yo me estaba refiriendo a... - me quedé paralizado por lo que estaba rondando por mi cabeza.

¿A? – preguntó ella.

Ella se llamaba Violeta. Violeta. Como el último color del arco iris. Pero sólo era ella. Los demás eran Saúl, Joro, Dreve, Orillama, Liña y... Naranja. Naranja. Casi como el color anaranjado. ¿Y los demás? A ver: Saúl, Joro, Dreve, Orillama y Liña. Eran nombres extraños. De repente mi imaginación había ido más allá y estaba equivocado. Mmm... Saúl, Saúl, Saúl. Me quedé viéndolo bien por si notaba algo en él pero nada. Mmm... Joro, Joro, Joro. ¿Joro, Joro, Joro? Qué extraño. El sonido que generaba el decirlo seguido me era familiar. Jo – ro, Jo – ro, Jo – ro. Nuevamente. Jo – ro Jo – ro Jo – ro. ¡Eso es! Las sílabas estaban al revés. ¡Rojo! No lo podía creer. ¿Sería esto también parte de mi imaginación? Empecemos de nuevo. Saúl. Sa – úl. Al revés. Ul – Sa. ¿Ulsa? U – L – S – A. Mmm... De por sí todos estos nombres eran extraños. U – L – Z – A. Suena igual. A – Z – U – L. ¡Sí! Todo era cuestión de acomodar las letras. No podía ser sólo mi imaginación. ¿Coincidencia? Dreve. D – R – E – V – E. ¡Verde! ¿Quién falta? Orillama. ¡Amarillo! Y Liña es... Liña es... ¡Añil! No puede ser coincidencia. Ellos eran.

¡Lo tengo! – grité de repente.

¿Tener qué? – preguntó Alicia.

¡Los colores son ellos! Miren. Violeta representa al color que lleva su nombre, Naranja al anaranjado, Saúl al azul... - comencé con mi explicación - Si se ordenan las letras se forma la palabra de un color y ahí tenemos los siete colores, en cada uno de ellos – trataba de explicar sin salir de mi asombro.

¿Y qué con eso? – preguntó Celso.

Cogí de la mano a Naranjo y Saúl y llamando por sus nombres a los otros cinco colores, los llevé hasta donde descansaba todavía el muy débil conejito. Sin dar más explicaciones comencé a formarlos de izquierda a derecha: Joro, Naranjo, Orillama, Dreve, Saúl, Liña y Violeta.

Ahora les diré lo que van a hacer – creía estar seguro de lo que estaba diciendo – Se cogerán de las manos y cuando yo les diga volarán a la vez, todos juntos, simularán la trayectoria del arco iris. Nosotros los seguiremos hasta donde se detengan. Ese será el siguiente punto de encuentro – ¿Listos? – dije con voz fuerte a lo que los siete se tomaron de la mano - ¡¡¡Ahoraaaaaaaaaa!!!

Y asombrosamente se elevaron dando un espectáculo maravilloso para mí y también para ellos. No tenían alas. Sólo aquel brillo que llevaban en la espalda. Era un brillo muy especial pero había algo adicional que conforme iban avanzando en el aire pude notar. Un polvillo algo extraño brotaba de aquella primera luz que había en sus espaldas. Un polvillo que quedaba suspendido por unos momentos como el humo que dejaba una avioneta al volar. Y los brillantes polvillos de colores formaron un arco iris nunca antes visto, inimaginable. Nos quedamos unos segundos maravillados por lo que estábamos viendo hasta que uno de ellos reaccionó y comenzó a seguirlo. Alguien más cogió al conejito e hizo lo mismo. Los demás también lo hicimos. Seguíamos toda esa impresionante trayectoria sin poder parpadear siquiera. Ya casi estábamos llegando al final. Una vez en ese lugar volteamos para ver ya la figura totalmente dibujada. Muy bonito. Hermoso. Y al pasar los segundos comenzaba a disiparse. Inolvidable.

Entonces ¿es aquí? – preguntó Celso – Vamos Agustín coge el libro y ábrelo de una vez. Debemos apurarnos.

*Algo mágico han formado y con su esfuerzo lo han logrado*

*Pues ellos representan colores que le dan vida a sus alrededores*

*Mas deben seguir pues hay mucho por descubrir*

*Recuerden tener presente sus valores que deben llevarlo con honores*

*Sinceridad, responsabilidad y obediencia*

*Pero faltan cuatro del que deberán tener conciencia*

*Desde este lugar hacia los árboles se adentrarán*

*De frente, de frente caminarán hasta toparse con algo que no imaginarán*

*Pues mi fuente de poder conocerán y cada uno lo notará*

*Por su naturaleza cambiarán y no todos se verán igual*

*Es ahí donde sólo uno será capaz de alcanzar lo más alto*

*Y que al comer mi magia hecha fruta lo hará apto*

*Mas los catorce podrán decidir cuál es el elegido que vaya a seguir*

*Lo que algún día empecé pero que no terminé*

*Un último mensaje les espera al retornar con victoria si así fuera*

*Hijos míos adelante, no se detengan en el camino y sean constantes*

Creo que estaba claro. Había que seguir adelante. Y tenía que ser de una vez. Di el primer paso hasta acercarme al primer árbol. Todos estaban mirándome hasta que alguien más me siguió, y luego uno más y así todos estaban siguiéndome. Había que caminar despacio pues llegaba un momento en el que al mirar hacia todos lados veía al batallón de árboles formados de la misma forma. Debíamos concentrarnos en caminar de frente, y juntos. Era algo que nos quedaba claro. Los rayos del sol apenas atravesaban los espacios entre los inmensos árboles. Yo llevaba el libro. Saúl iba a mi lado. Algunos caminaban cogidos de la mano. Otros miraban hacia todos los lados. Uno de ellos aún tenía al conejito en brazos. Celso y Sandra iban atrás pues ellos verificaban que nadie se quedara en el camino. Continuamos caminando y más de lo mismo. Sólo árboles. Parecía que nunca llegaríamos. Podía ver sus rostros de preocupación y angustia en todos ellos sin excepción. Y es que el mundo perfecto en el que vivían podría acabarse en cualquier momento. No era sólo una probabilidad. Era casi un hecho. Quien sabe si al regresar todo esté cambiando. Qué sería de ellos. ¿Morirían? Continuábamos avanzando y los rayos del sol ya no eran tan intensos, es más, podría asegurar que estaba atardeciendo pero todavía había luz. ¿Atardecer? Extraño. Estuve el tiempo suficiente con ellos como para poder ver un atardecer pero nunca pasó. Caminábamos en silencio. Nadie se atrevía a preguntar nada. Ahora tenían la mirada muchísimo más atenta en sus alrededores, los ojos más abiertos y el paso más lento. Están asustados. Quizá tengan temor de lo que podamos encontrar después. Cada vez se juntaban más. Muy extraño. Ya no había tanta luz como al inicio. ¿Sería posible? Al parecer estaba oscureciendo. Un par de pasos más y... ¿Saúl? Izquierda. Derecha. No estaba. Ya no había seguido avanzando al igual que los demás. Estaban todos parados y mirándome. Ya no era preocupación o angustia, podía sentir miedo en ellos. ¿Habrían visto algo y no se atrevían a decirlo? Hice una seña con mi brazo para que sigamos. ¡Vamos! Apenas si dieron en

total tres pasos más y... Había oscurecido por completo. La luz de la luna si apenas iluminaba por entre los árboles. Otra vez estaban de pie. ¿Qué sucede? Ahora comenzaban a retroceder.

Corran... Vámonos de aquí – alguien murmuró.

iiiNooo!!! iiiEspereeeennn!!! – dije rápidamente antes de que todos hicieran caso a aquel murmullo – ¿Qué pasa?

¿Qué es todo esto? – preguntó Naranjo bastante asustado al igual que todos.

¿Qué? No entiendo. ¿Han visto algo? – pregunté desconcertado.

Esto... ¿Por qué no hay luz? Hay una inmensa sombra sobre nosotros, una sombra que no nos deja ver bien, una sombra que no permite que la luz pase – deducía Dreve con voz temblorosa.

Es la sombra de alguien que es bastante grande. Alguien que nos quiere hacer daño... Por eso debemos irnos de aquí – decía Violeta al borde del llanto.

No entiendo. ¿De qué sombra hablan? – pregunté mientras ellos continuaban retrocediendo.

De esta sombra. ¿Acaso no la ves? No te podemos ver bien porque todo está cubierto por esa sombra – otra vez Naranjo.

Es que está oscuro. Tan sólo se hizo de noche. No puede haber sombra si no hay sol – tenía que ser eso iellos nunca habían visto la noche!

¿De noche? – preguntó Joro. Al menos ya no retrocedían.

Sí, la noche. Después del día viene la noche. Y así como durante el día ilumina el sol, durante la noche está la luna. No puede pasar nada malo. Debemos seguir – dije.

Luego de mi explicación todavía podía ver temor en ellos pero al menos ya no era susto. Ahora avanzábamos más despacio por el temor que sentían pero también por lo oscuro que se había hecho. ¿Estaríamos perdidos? Naúm nunca habló de esto. Constantemente volteaba para ver si seguían avanzando. Al menos Saúl volvió a caminar a mi lado. Ya andaba algo cansado y seguíamos sin encontrar nada. Seguíamos caminado... ¡Qué fue eso! Algo brillante pasó por mi rostro y me obligó a detenerme. ¡Otra vez! Saúl había tratado de esquivarla. ¡Y otra vez! iiiSon luciérnagas!!! Nunca las había visto pero la primera vez que me hablaron de estos insectos en la escuela no creí que en verdad existiesen. iiiSon luciérnagas!!! Intenté coger una y que se me fue por atrás. Un momento. ¿Qué hacían todos en

el suelo? ¡Oh no! ¿Acaso sería por las luciérnagas? ¿Tampoco las habrían visto antes? Mmm... Tal vez nunca las habrían visto de noche. Intenté coger otra para demostrarles que no hacían nada y que se me vuelve y... caí al suelo. Saúl que estaba cerca a mí esbozó una leve sonrisa. Al parecer eso les demostraba confianza. Me puse de pie y lo volví a hacer y... volví a caer. Ahora alguien más sonreía. Otra vez y... Esta vez si lo logré. La coloqué en la palma de mi mano y todos se acercaron a verla. La mayoría ya sonreía. Y a medida que continuamos avanzando encontramos muchas más. Ahora ellas se encargaban de darnos un poco de luz y eso estaba mejor porque así... iiiooooooooooooooooooooooooohhhhhhhh!!!

¡Agustín! – sentí que alguien trataba de despertarme – ¡Agustín! Abre los ojos.

Abrí los ojos y... Aunque veía algo borroso noté que todos estaban rodeándome y viéndome como aquella primera vez. ¿Qué fue lo que pasó? Me puse de pie lentamente y miré a mi alrededor. Frente a mí y algo alejados, habían árboles y luego una pendiente que... Claro. Estábamos caminando y me distraje con las luciérnagas y seguí de frente y resbalé por aquella pendiente. Ahora ya la luna iluminaba muy fuerte en aquel cielo estrellado. Girando hacia la derecha más árboles sobre la pendiente distribuidos de forma circular. Seguí girando hasta poder ver lo que había detrás de mí y... Tuve que frotarme los ojos para poder ver bien. ¿Acaso habíamos llegado? Un imponente árbol estaba situado en el centro de aquella circunferencia en la que nos encontrábamos. Era muy grande y muy ancho. Bastante parecido a los que estaban a mi alrededor pero éste tenía algo diferente, algo que lo hacía lucir muy elegante, muy perfecto. Dirigí mi mirada hacia arriba, hacia muy arriba para poder ver su copa; las hojas tenían un verde especial, un verde tan especial que al mirarlo te llenaba de calma. Pero había algo más ahí, algo que llamaba la atención por sobre todo lo demás, algo que brillaba con luz propia. ¡Es el fruto! ¡Es su magia! Tenía que ser. "Alcanzar lo más alto". Eso decía, lo podía recordar perfectamente, yo lo había leído. "Mi magia hecha fruta". ¡Eso es! Corrí a toda prisa para poder acercarme al árbol y...

iiiiOooohhhhhhhhhh!!!! Con todas mis fuerzas agité mis brazos hacia atrás para no caer. Un vacío al parecer muy profundo rodeaba al majestuoso árbol como protegiéndolo para que nadie pueda acercarse a él. Me tiré al piso y grité mi nombre. ¡Agustín! Eco. ¡Agustín! ¡Agustín! ¡Agustín! Otra vez. ¿Hola? Eco. ¿Hola? ¿Hola? ¿Hola? No podía ver el fondo, todo era completamente negro y lo anterior me confirmaba que era bastante profundo, quien sabe si no tendría fin.

¡Ese es el fruto!! – grité emocionado a la vez que volteaba para hacerles saber a ellos pero...

¿Dónde están? ¿Quiénes eran ellos? Joro, Naranjo, Orillama, Dreve, Saúl, Liña y Violeta seguían ahí pero ¿quiénes eran los demás? Y Emilio, y Celso y... ¿Y los demás? Había niños más grandes, aunque en realidad ya no

eran niños, eran mayores que yo. Además de ellos había más personas, aun mayores que los anteriores, eran adultos, entre hombres y mujeres. Todos vestidos al igual que los niños con esos vestidos blancos y al igual que ellos estaban descalzos. Una de las mujeres tenía en brazos al conejito. El conejito que Sandra tenía en brazos. No entendí nada. Me acerqué hacia donde estaba Saúl para ver si es que él sabía algo.

¿Qué está pasando? – pregunté confundido.

Son ellos – dijo Saúl – No sé qué pasó pero al llegar aquí de pronto habían cambiado. Pero estoy seguro que son ellos.

Somos nosotros Agustín – era la voz de Elma – Sólo que algo cambiados.

... La fuente de poder... “Por su naturaleza cambiarán y no todos se verán igual” – murmuré.

Tal vez sea eso – dijo Alicia – Quizás al acercarnos a la fuente de poder hizo que nos convirtiéramos en lo que realmente somos.

Bien. Ahora debemos seguir – dijo Emilio – Agustín, ¿crees que ese es el fruto?

Sí, ¿pero cómo llegaremos ahí? – pregunté - ¡Ustedes podrían volar! – exclamé dirigiéndome a los únicos que a parte de mí eran niños.

No podemos. Yo lo intenté para llegar hasta aquí sin tener que darme ese resbalón por la pendiente y no pude. Ninguno de nosotros pudo – explicaba Violeta – Quizás también tenga que ver aquella frase que repetiste del mensaje de Naúm. Hemos cambiado.

Entonces ¿cómo lo lograremos? – pregunté preocupado.

Me acerqué nuevamente hacia el precipicio circundante al árbol para encontrar alguna forma. Los demás hicieron lo mismo.

¡Aquí hay algo! – gritó uno de ellos.

Todos corrimos para acercarnos. Entre el suelo del árbol y el suelo en el que nos encontrábamos, había dos especies de barandas paralelas que cruzaban de un lado al otro. Era como si las raíces del árbol hubieran crecido en esa dirección. Pero ¿de qué nos serviría esto? Para formar un puente tendríamos que encontrar algo para poner sobre las dos “barandas”. No había nada alrededor nuestro que nos pudiera servir. ¿Qué podríamos usar para pasar por ahí?

¡A mí! – dijo Celso.

¿A ti qué? – pregunté sin entender.

Nosotros haremos de puente – dijo confundiéndome aún más.

Y avanzando hacia esas extrañas raíces se acostó al lado de ellas y dio una vuelta. ¡Cuidado! Aquello que vi hizo que mi corazón latiera más rápido. Y es que había girado de tal manera que sus pies estaban sobre un lado de las raíces y sus manos cogían el otro lado.

¡Está muy resbaloso! No podré avanzar. Alguien tendrá que venir a mi lado – decía Celso con dificultad.

A lo que Alicia acudió a su llamado y acostándose esta vez sobre Celso dio una vuelta y... Temía que podrían caerse. Era muy arriesgado lo que estaban haciendo. Y luego Sebastián. Y Emilio. Y Aristo. Luego Elma. Y por último Sandra.

¡Vamos! Deben apurarse. Esto está muy resbaloso y podría romperse en cualquier momento – dijo Celso.

Todos estaban en silencio. Nadie se atrevía a dar un paso adelante ni a decir algo. Tan sólo se miraban esperando que alguien hiciera algo.

¡Yo iré! – dije con algo de dudas.

Me coloqué frente a ese puente humano que se había formado. Me quité los zapatos pues podría dañar sus espaldas. Y di mi primer paso. La superficie no era para nada firme así que debería andar con cuidado. Uno. Dos. Andaba casi agachado pues no tenía de dónde cogirme. Tres. Cuatro. Cinco. ¡Sí! Logré llegar al otro lado.

Vamos. Adelante Agustín – Emilio me motivaba a seguir - ¡No te rindas!

Sí Agustín, tú lo puedes hacer – dijo Aristo.

Al parecer no tenía opción. Todos ellos habían puesto en mí una tremenda responsabilidad. ¿Podría trepar ese árbol yo solo? No lo sabía. Lo único que sabía era que todos tenían puestas en mí sus esperanzas. Y aquello fue lo que me motivó a dar el siguiente paso. Me acerqué al árbol y... A trepar. Rama a rama. Una a la vez. Brazo derecho. Brazo izquierdo. Pierna derecha. Pierna izquierda. Hacia arriba. Rama a rama. Paso a paso. Concentrarme en lo que estaba haciendo. Brazo derecho. Brazo izquierdo. Pierna derecha. Pierna izquierda. No miraré hacia abajo. Todavía falta mucho. Hacia arriba, sólo hacia arriba. Un paso a la vez. Coger bien las ramas y pisar en el lugar correcto. Brazo derecho. Brazo izquierdo. Pierna

derecha. Pierna izquierda. Me sentía algo agitado pero tenía que seguir.

Vamos Agustín ¡tú puedes! – gritaba Aristo a cada rato – ¡Tú lo vas a lograr!

La respiración se me estaba haciendo difícil. Me detuve unos segundos para tranquilizarme. Tengo que seguir. Brazo izquierdo. Pierna derecha. Pierna izquierda. No mires hacia abajo. Debía ayudarme con la boca para respirar. Lento y profundo. Era como si el aire se estuviese acabando. No sé cuánto falta. No hay marcha atrás. Me detuve de nuevo.

¡No te des por vencido! – pude reconocer la voz de Emilio.

¡Adelante, sigue adelante! – otra vez Aristo.

Sí. Eran mis amigos. Y nos los podía defraudar. Arriba. Brazo derecho. Brazo izquierdo. Pierna derecha. Pierna izquierda. Otra vez más. Brazo derecho. Brazo izquierdo. Pierna derecha. Pierna izquierda. Mi corazón latía a mil y... De pronto ya no lo estaba escuchando, de pronto ya no escuchaba nada. Lo tenía frente a mí. Era algo mágico. Un sueño. La fruta. Estaba frente a ella. Muy brillante. Muy perfecta. Fui acercando mi mano lentamente hasta que la toqué. Tenía una textura y un aroma muy agradable. Aún seguía unida a la rama y sentía temor de desprenderla. Aún así lo hice. Ahora la tenía conmigo. Brillaba a mi lado. Bien. Ahora bajaré. ¿Pero cómo haría eso? Si tenían la fruta en una mano. ¡Oh no! No lo lograré.

¡Agustín por aquí! – era la voz de Sandra – Sigue esa rama hasta el final y... ¡Saltaaaa!

¿Saltar? Moriría si saltaba o peor aún podría caer al vacío que tal vez no tendría fin.

¡Por aquí! – otra vez Sandra – Nosotros te ayudaremos.

Giré levemente hacia el lugar de dónde provenían los gritos y ¿qué es eso? Habían hecho una especie de sábana amarrando todos sus vestidos. Todos sin excepción la estaban cogiendo y uno de ellos me señalaba hacia arriba. Era la rama. La rama a la que se estaban refiriendo. No tenía otra opción. Y cogiendo fuertemente la fruta, avancé sobre la rama, la cual se hacía delgada hacia el final. ¡Oh no! Caería en cualquier momento. Avanzaré un poco... ¡iiiiOooooooooooooooooohhhhhhhhhhhhhhhhh!!! Cerré fuertemente mis ojos y sentí como el viento me acompañaba. En algún momento caería y no sabía a dónde. ¿Y si...? Algo me hizo rebotar. Subía y bajaba. Otra vez. Subía y bajaba. Y risas, muchas risas. Eso me dio confianza para poder abrir los ojos. ¡Eran ellos! Todos estaban alrededor

mío, balanceándome hacia arriba y hacia abajo. Todos estaban felices. Todos sonreían. ¡Oh sí! Lo había logrado. ¡Qué bien! Lo había logrado.

## Capítulo 4

### MI HOGAR ES TU HOGAR

Nos encontrábamos reunidos nuevamente frente a la casa de Naúm. Todos tenían nuevamente esa apariencia de niños que los hacía tan agradables. Me sentí alegre pues pude notar que ellos también lo estaban. Pero también sentí algo de nostalgia. Todo volvería a la normalidad para ellos y para mí también. Pero bueno, este mundo no me pertenecía a mí al fin y al cabo. Recordé que en el mensaje Naúm habló de valores. Ahora lo entiendo. Entendí lo importante que era la perseverancia, el optimismo, la solidaridad y, sobretodo, la amistad.

Sólo falta tomar una decisión – Sebastián se puso de pie – Gracias a Agustín conseguimos la fruta, la que contiene toda la magia de Naúm, magia que evitará que nuestro mundo se acabe. Pues bien, ahora debemos elegir a alguien. Alguien capaz, alguien que haya demostrado valentía tal y como Naúm lo mencionó en su mensaje.

Este sería un momento inolvidable para ellos. Naúm había sido como su padre y protector y ahora ellos tenían que elegir a una persona para que tome su lugar.

Entonces creo que todos están de acuerdo conmigo ¿no? – continuó Sebastián – Y quien no lo esté que levante la mano.

Mmm... ¿Ya lo habían elegido? ¿Tan rápido? Es que si bien ya tenían la fruta, aun su mundo no había sido salvado del todo.

Toma Agustín – dijo con la fruta en la mano – Tú eres el elegido.

Esperen un momento. ¿Yo? ¿Yo era el elegido? ¡Pero si yo no era como ellos! Yo no volaba ni vestía como ellos ni sabía nada de magia.

¿Yo? – pregunté sorprendido – Pero...

Sí Agustín. Tú demostraste valentía en cada uno de los mandatos de Naúm, tú fuiste capaz de devolvernos la esperanza al traer la fruta contigo así que creemos que tú debes tomar el lugar de Naúm.

¿Estaba hablando en serio? ¿Realmente querían que yo fuera uno de ellos? Y no sólo uno de ellos sino el más importante.

Vamos Agustín, tómala – Sebastián había colocado aquella mágica fruta

en mi mano – Es tuya ahora.

Podría ser un mago. Tan sólo tenía que morderla. Tendría magia y poderes mágicos y... Todo esto era tan fantástico. Comerla. Además se veía deliciosa. Comenzaba a saborearla. Sería un mago. Podría crear lo que yo quisiera. Parece ser muy rica. Ya la tenía muy cerca de mi boca y podía sentir su olor. Imaginaba su sabor y... Sólo faltaba morderla...

¡No lo haré! – exclamé repentinamente.

Pero ¿por qué no? – preguntó Saúl que estaba a mi lado.

Pues porque no – había quitado las sonrisas de muchos – Escuchen... Yo no soy como ustedes. Yo no soy ningún sabio ni tengo algún don especial. Ustedes me enseñaron muchas cosas, aprendí el significado de los valores, aprendí que debemos cuidar la naturaleza porque es nuestra y porque es el lugar en donde vivimos, aprendí lo valiosa que es la amistad y lo importante que es vivir en armonía. Ustedes me enseñaron todo eso y mucho más. Y sin ustedes yo no sería más que un niño travieso y perezoso que sólo pensaba en jugar. Ustedes esperan más de mí y no creo ser digno del papel que me ofrecen.

Pero tú lo has dicho Agustín – Alicia trató de convencerme – Lo has aprendido con nosotros y ya tienes todo eso que necesitamos en una persona.

Lo siento amigos – dije con tristeza – Yo no puedo hacerlo. Tendrán que elegir a otra persona. Mírense. Muchos de ustedes pueden hacerlo. Todos ustedes están llenos de valores y virtudes y de cosas buenas.

Pero Agustín... – Saúl me miraba con lágrimas en los ojos.

Lo siento mucho – esto era bastante difícil para mí, nunca antes había tenido que tomar una decisión tan difícil – Habrá alguien mejor que yo. Yo lo sé. Yo podré venir cuando ustedes me lo pidan pero yo también tengo un mundo al cual pertenezco y al que de hoy en adelante pienso cuidar siendo una mejor persona. Así que creo es hora de cruzar esa puerta de nuevo.

¡La puerta! – dijo Naranjo - ¡La puerta es la solución!

¿La puerta? – preguntó Saúl – ¿De qué hablas?

Bueno, no exactamente la puerta pero esa es la idea, haremos lo mismo – seguía sin entender lo que Naranjo quería decir – Vamos Saúl, tú me ayudarás.

Y cogiéndolo a él y a mí de la mano entramos en la casa de Naúm. Todos los demás nos siguieron para ser espectadores de algo que todavía nadie entendía. Y llegando al lugar en el que estaba dibujada la puerta, Naranjo tomó un lápiz de color y empezó a dibujar en aquella pared. Al parecer Saúl había comprendido el mensaje pues hizo lo mismo. Uno y otro color. De arriba abajo. De izquierda a derecha. No sabía qué dibujaban pero ambos se notaban muy empeñosos. De abajo a arriba. De derecha a izquierda. Cambio de colores. Oh cielos. Algo muy familiar a mí se estaba formando. Y digo familiar porque tenía mis ojos, mi boca, mi nariz, mis orejas, mi cabello, etc. Me estaban dibujando. Y ahora sólo faltaba esperar que... Esté listo. Esperar que yo esté listo.

¡Listo! – dijo Saúl – Aunque sólo falta un detalle. Tú deberás dibujarle un corazón pensando en todo lo que eres tú, en todos tus sueños y anhelos, y concentrarte en todo lo que has aprendido con nosotros.

Y sin darme cuenta ya tenía el lápiz rojo en mano. Todos se veían muy emocionados. ¿Funcionaría de verdad? No perdía nada. Así que me acerqué a mi retrato estampado en esa pared y lo hice. Un brillo en todo su contorno apareció y... ¡Listo! Estaba frente a mí. Mirándonos fijamente. Éramos idénticos, sí que lo éramos, a no ser porque él llevaba uno de esos vestidos.

¡Agustín! – dijo Naranjo.

¿Qué? – él y yo respondimos a la vez.

¡Es él! ¡Sí es él! – todos los demás repitieron lo mismo.

Y cogiéndolo de la mano lo llevaron afuera. Yo me quedé de pie sin saber qué hacer. Él era yo pero... ahora lo querían a él.

Lo quieren a él – comentó Saúl que había permanecido a mi lado – Lo quieren a él porque saben que eres tú. Vamos.

Aquello que dijo me conmovió enormemente. Estaba más tranquilo. Era yo. Y ellos me querían. Y yo a ellos. Estando ya afuera había algo más que hacer. Me acerqué hacia mí mismo y le di lo que tenía en la mano: la fruta. Y la mordió. Todos quedaron inmóviles al no saber qué pasaría. Parecía disfrutarla y es que se veía muy sabrosa. Hasta que terminó de comerla y... Fue como que una pequeña explosión estalló cerca a él. Se había cubierto totalmente de humo y mientras no se disipara no lo podríamos ver.

¡Por aquí! – aquel personaje estaba sobre la laguna. Volando.

Y voló, voló por todos lados con uno de esos brillantes polvillos que se desprendían de él. Y al llegar a tierra nadie podía creer lo que estaban

viendo. Todos nos quedamos paralizados como si hubiésemos visto a un fantasma. Podía reconocerlo, ¡era aquel viejecito que pasó por el frente de mi casa! ¡Era él! ¡Sí que lo era! ¿Pero, cómo era eso posible?

*Queridos hijos míos, hoy es un gran día y lo recibiremos con alegría*

*Pues nuestro querido mundo a salvo está y mucha felicidad ello nos da*

*Mi magia algo hermoso pudo crear y son ustedes los que me lo han de confirmar*

*Gracias a todos es que hoy celebramos y es que por ustedes lo hemos logrado*

*Juntos por siempre ahora estaremos pero un nuevo amigo ahora tendremos*

*Recuerden cuidar de su mundo y amarlo desde lo más profundo*

*Pues ustedes forman parte de ello y disfrutarlo juntos será lo más bello*

Y con estas palabras, ya no me quedó ninguna duda. Era Naúm. Siempre fue él. Él pasó frente a mi casa y fui yo quien lo ayudó recogiendo ese cuadro. Él andaba buscando a alguien y me encontró a mí. Y yo pude ayudarlos a ellos. ¡El conejito! Ya estaba bien, corría por todos lados. ¡Las flores! ¡Eso era! Todos tenían un por qué de su existencia. Todos tenían una especie de don. Ahora él tenía un don mágico, un don que le permitía mantener con vida toda la naturaleza. Y muy felices todos se levantaron de sus sitios y corrieron alrededor de la laguna. Se cogieron de las manos Y...

*Hoy es un buen día y hay que celebrar*

*Y ahora le cantamos a nuestra majestad*

*Vamos amigos bailen, todos a mí compás*

*Con mucha armonía y verdadera amistad*

*Somos todos hermanos, juntos estamos ya*

*No hay nada que termine con nuestro mundo ya...*

Todos estaban rebosantes de felicidad. Se notaba en sus rostros, en sus miradas, en sus sonrisas, en cómo cantaban aquella canción con tanta melodía. Incluso toda la naturaleza tenía un encanto extra, como si flores, plantas y animales se sintieran contentos también, cómo si... Un arco iris, esta vez real, empezaba a salir. Sí, eran todos. No sólo ellos estaban

felices, sino la naturaleza también, dándome a conocer lo que verdaderamente significaba vivir en armonía. Todo era tan bello. Algo bello que parecía tan simple de realizar pero que muchas personas, incluyéndome a mí, no hacían. Casi entendía a Naúm, el porqué de crear un mundo como este, un lugar en el que pudiera rescatar todos esos valores, virtudes y cosas buenas que en mi mundo se estaban perdiendo.

Es hora de irme – le dije a Saúl que aún permanecía conmigo.

Ahora este también es tu mundo – dijo con una sonrisa – Podrás venir las veces que quieras, tú ya sabes cómo.

Dalo por hecho – dije dándole un fuerte abrazo – Entonces ¿vamos?

Sí era hora de irme. Además, como Saúl me lo había dicho, podría regresar cuando yo quisiera. Sí, no podía ser tan malo. Mientras nos dirigíamos hacia la pared en la que estaba esa puerta, ninguno de los dos dijo palabra alguna.

Ya estamos aquí – dije parado frente a esa puerta.

Así es – dijo con algo de resignación - ¡Vamos! Tu mundo está tras esa puerta y debes cuidarlo.

Y fue así que cogí la manija de la puerta y jalé. Todo estaba negro. Di una última mirada a Saúl y eché un último vistazo a mi alrededor... ¡Todos estaban detrás de mí! Todos me estaban sonriendo y...

¡Hasta prontoooo! – dije alzando mi mano en señal de un adiós.

¡Hasta pronto Agustín! – decían todos alzando su mano también.

Bien. Ahora sí. Un paso adelante, mi pie había ingresado en ese espacio negro y ya no lo podía ver. Ahora una mano y... ¡Es hora! Me impulsé para no hacer más larga la despedida y... Repentinamente caí sobre algo blando... ¡Mi cama! Era mi cama. Era mi cuarto. Me paré y comencé a observar todo. Mis cosas parecían estar como las dejé la última vez. El cuadro seguía sobre mi cama. Mi ventana seguía cerrada. Un sonido de repente hizo que me separara de esa ventana. Alguien estaba en la puerta. ¡Era mamá!

¿Agustín? – la escuché decir – Ay discúlpame que me haya tardado tanto, lo que pasa es que tuve que pasar por el supermercado para hacer estas compras... ¿Pero qué te paso? – dijo sorprendida una vez que me tuvo en frente

No me había dado cuenta pero no llevaba el chaleco y mi camisa la tenía fuera del pantalón y... ¡Mis zapatos! Estaba descalzo también. ¡O o! ¿Y

ahora cómo le explicaría esto a mamá?

Vamos hijito – dijo – Tendrás que bañarte.

En seguida mamá – dije – Iré por mi toalla.

Cogí el cuadro que todavía seguía en mi cama y lo coloqué en esa misma esquina en la que mamá lo había puesto alguna vez.

¿Jugabas a algo en especial? – preguntó mamá al ingresar a mi cuarto.

Mmm... no a nada. Sólo imaginaba que yo podía salvar al mundo – dije haciéndola sonreír – Sólo una pregunta ¿puedo quedarme con ese cuadro? ¿Sí? Por favor. Le buscaré un espacio especial en mi habitación y se verá bien. ¿Si mamá, puedo?

Mmm... Es sólo un cuadro así que no veo el porqué de no permitírtelo. Esta bien, puedes quedártelo – dijo.

¡Síiiiiiiiiiiii! ¡Gracias mamá! – exclamé saltando de la emoción – Tú lo has dicho, es sólo un cuadro.